

Mis páginas mejores

Julio Camba

Índice

Prólogo de Manuel Jabois	7
SENTIDO DE ESTA ANTOLOGÍA	13
EN EL PUEBLO NATAL	15
Los curas de aldea	17
La diligencia	19
La escuela rural	22
UNA OJEADA AL MUNDO	27
Ingleses	29
Cómo comen los ingleses	29
La bonita y la fea	31
Cuando se acabe el carbón	34
El discurso de Orbaneja	36
La acción de los poetas: El virus corrosivo	38
Sueño de una noche de verano	41
El sol en Londres	43
El <i>pudding</i> de las Navidades	45
La indiferencia inglesa	46
Toque de corneta	49

Franceses	51
Sobre la cama	51
El arte de la cocina	53
Escuelas de españolismo	55
El bulevar	57
Alemanes	60
El doctor Faltz	60
Yo no soy alemán	62
En la casa de <i>Frau</i> Grube	64
Las ciudades españolas	66
Los <i>senores</i> extranjeros	68
El país de la cerveza	69
El clima de Múnich	71
La levita de <i>Herr</i> Direktor	73
La calvicie alemana	74
El pueblo alemán	76
Suizos	79
En Suiza no hay suizos	79
El inteligente en Mont-Blanc	81
El turista inglés	83
El turista alemán	85
El turista yanqui	87
El turista francés	89
Yanquis	91
La ciudad teoría	91
El anhelo artístico	93
Cantidad	95

Toda América, Montecarlo	97
Los Estados Engomados	100
El <i>self-made-man</i>	102
Psicología de las catástrofes	104
El periodismo americano	107
Una peluquería americana	110
¡Fuego!	112
La democracia en el <i>restaurant</i>	115
Antropología intensiva	117
Más negros	120
Judíos	121
Un hotel	123
Madrid y el ácido úrico	126
Los rascacielos en la ciudad baja	129
El <i>Chrysler building</i>	131
Trajes en serie	134
Humor en serie	136
Crímenes en serie	138
Narices en serie	140
Italianos	143
La democracia milanesa	143
<i>Lingua italiana</i>	145
La levadura de Nápoles	146
Filosofía napolitana del robo al turista	149
Nápoles y Pompeya	151
Florenia y los florentinos	153
Portugueses	156
Las filosofías del Tajo	156
<i>Abre a boquinha</i>	158

Coimbra	160
Buarcos	162
AÑOS DESPUÉS	165
De Inglaterra	167
El alcohol moralmente considerado	167
La eterna infancia	168
La odiosa inteligencia	169
Del loro y la langosta	171
De Alemania	173
La sangre y la bencina	173
¡Viva la desorganización!	175
Puig y Pagés, propietario de un volcán	177
<i>Herr Müller</i>	180
La grasa, producto del pensamiento alemán	182
ESPAÑA REENCONTRADA	185
Psicología crematística	187
El tiempo y el espacio	189
La juerga heroica	192
Literatura patológica	194
Los políticos	195
El acento	197
Grandes hombres	199
El camino de Santiago	201
UN POCO DE GASTRONOMÍA	203
La cocina inglesa	205

El buey	208
La sardina	212
La gula hipocrática	216
LA REPÚBLICA	219
El tren de Villagarcía	221
El Estado, central hidroeléctrica	224
El individualismo estatal	227
Papús y la revolución social	230
El café y la revolución	232
El divorcio	234
La libertad de cultos	237
La secularización de los cementerios	239
PEQUEÑOS ENSAYOS	243
Sobre el <i>pensaor</i>	245
Sobre los desafíos	247
Sobre las pompas fúnebres	249
Sobre los mausoleos	251
Sobre la Justicia	252
Sobre el arte rupestre	254
Sobre el sabotaje periodístico	256
Sobre la pereza	258
Sobre los verdugos	260
Sobre Terpsícore y Polimnia	262
Sobre las <i>des</i> parasitarias	263
Sobre la fe y la Medicina	265
Sobre las casas de Banca	266
Las barbas en el siglo XII	268
Gotosos y bronconeumónicos	270

Los guantes de Tutankamen	272
La bohemia	274
Mi amigo García	275

ÚLTIMOS ARTÍCULOS	279
Un cumpleaños	281
El Adjetivo	283
Gimnasia de lata	285

Prólogo

En sus primeros tiempos de corresponsal, cuando se encontraba en Constantinopla enviado por *La Correspondencia Española*, Julio Camba remitió un artículo por correo acompañado de una nota para el director: «Perdóneme que esta crónica haya salido algo más extensa, pero la premura de tiempo para mandársela no me ha permitido escribir algo más corto». La frase recoge el espíritu fundamental de Camba: el rigor estilístico, que en él es desnudez, y la virtud de escribir frases llenas de palabras esenciales de forma que hasta las preposiciones adquieran un relieve casi histórico. Los artículos de Camba dan la hora, y en esta recopilación —la antología definitiva de su obra emprendida por él mismo— pueden escucharse hasta los segundos. Son, dice, sus mejores páginas, lo cual quiere decir que las otras han de ser «forzosamente buenas, porque lo mejor solo puede salir de lo bueno» (entre esas sí figuran algunas esenciales, como las más virulentas contra la República y su defensa del bando nacional). Y justifica la reunión insólita de su trabajo por la necesidad de perder el tiempo: «Si hay quien pierde el suyo haciendo solitarios con la baraja, ¿por qué no he de poder yo perder el mío haciendo uno con mis artículos?».

Hace diez años envié un artículo mío al premio de periodismo que lleva el nombre del periodista vilanovés. A los pocos meses me hicieron ganador. Aquello me conmovió tan extraordi-

nariamente que lo primero que hice fue preguntar quién era Julio Camba, no fuera a resultar que estuviese vivo y debiera presentarle mis respetos. Se dirá que exagero, pero tampoco mucho. Camba, entonces, era un lejano cronista de reputación dañada (aquellos tan lúcido de «los que ganaron la guerra perdieron la historia de la literatura» que dijo Trapiello, uno de sus exhumadores). Yo sabía que Camba había nacido en mi periódico, *Diario de Pontevedra*, y muerto consagrado en *ABC*. Pero apenas había leído algo de él. Así que para el discurso de entrega del premio busqué algunas palabras suyas que fueran de ocasión. Resultó ser un tormento, porque a medida que leía me encontraba con que Camba no escribía nunca para la ocasión de nadie, ni pontificaba siquiera discretamente, así que resultó tarea compleja escoger unos párrafos que valiesen para una ceremonia así.

Ahora pienso que la grandeza de un escritor se mide por el poco margen que deja en sus textos a que un desaprensivo se haga con un párrafo y lo convierta en discurso, moraleja o lección. Dijo el profesor José Antonio Llera que Camba sabía a la perfección los centímetros cuadrados de los que consta una columna. Esa exactitud el periodista la convirtió en arte; fue, así, un artista del espacio que no se concedió jamás lujo artístico en el texto, donde las piezas encajaban como un tetris lento, irónico, subversivo a veces, siempre incorrectamente lúcido: «Hay que ver cuando una inglesa se pone a ser fea. [...] Es fea de un modo rotundo, fundamental y definitivo. Parece como si a lo largo de su vida hubiera ido cultivando el horror de su cara y de su cuerpo con un cuidado especialísimo, procurando no omitir ninguno de los detalles que deben constituir una fealdad perfecta». «Yo soy un escritor decorativo y me dedico a una literatura fácil, superficial y pintoresca», anunció en su juventud en un gesto muy suyo de *captatio benevolentiae*. Y sin embargo, o quizás por eso, en sus crónicas se va regalando la vida de entonces: se deconstruye a partir

Sentido de esta antología¹

No creo que sea tarea demasiado difícil para un escritor esta de seleccionar sus mejores páginas. En último término se seleccionan las peores y se descartan, se hace una segunda selección, que es descartada a su vez, y se continúa así hasta que, descartado ya todo lo descartable, no le quedan a uno en la mano más páginas que las estrictamente necesarias para formar un volumen. Entonces se cogen estas páginas, se ordenan y se le presentan al público diciéndole:

—He aquí mis páginas mejores. Las otras son también bastante buenas, no se vayan ustedes a creer. Tienen forzosamente que ser buenas porque lo mejor solo puede salir de lo bueno, pero estas les dan ciento y raya a todas las demás, y yo me apresuro a ofrecérselas a ustedes ahora en este tomo para solaz y edificación de su espíritu.

Evidentemente, cualquier escritor puede, con relativa facilidad, seleccionar lo mejor, lo menos malo o lo más logrado de toda su obra y, aunque esto es, precisamente, lo único que se solicita

1 La primera edición de este libro corrió por cuenta de la editorial Gredos allá por el año 1956. (N. del E.)

de mí, yo quisiera ir algo más lejos. Sí, señores. Yo quisiera que estas páginas mías tuvieran entre sí una cierta correlación orgánica, que se apoyasen las unas en las otras, que las de tal o cual época quedasen explicadas y justificadas por las de épocas anteriores, y que, en conjunto, le diesen todas ellas al lector una idea exacta de cómo ha ido formándose, a través del tiempo y sus vicisitudes, la mentalidad y el estilo con que hoy anda uno por el mundo.

Esto es lo que yo quisiera, y, a fin de conseguirlo, comienzo mi antología con unos artículos que allá por el año 1907 o 1908, escribí desde mi Galicia natal antes de que el contacto con pueblos extraños hubiese podido influirme ni poco ni mucho. Luego viene la serie que titulo «Una ojeada al mundo» —Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, etcétera— y, después, hay una gran cantidad de pequeños ensayos sobre la vida española para la que tengo ya un término de comparación que, a veces, la deja muy bien parada y, a veces, la hace quedar bastante mal. Así, y no ateniéndome tan solo a los valores exclusivamente literarios de mi obra —mi modesta obra, si quieren ustedes—, he ido ordenando yo esta antología, que completo al final con unos trabajos de los dos o tres años últimos, todavía no recogidos en volumen, y, una vez que la he ordenado, me parece que he perdido el tiempo, porque quizá todo eso de cómo uno se ha formado o de cómo ha dejado de formarse, no tenga el menor interés para nadie, pero ¿qué más da? Y, después de todo, ¿para qué estamos aquí más que para perder el tiempo? Hay quien pierde el suyo haciendo solitarios con la baraja, y ¿por qué no he de poder yo perder el mío haciendo uno con mis artículos?²

2 En la presente edición se ha actualizado la ortografía conforme a las últimas normas asumidas por la editorial, pero se han mantenido las voces extranjeras ya que reflejan el momento histórico del castellano en el que los artículos fueron escritos. (N. del E.)

En el pueblo natal

No diré yo que los artículos de este grupo, escritos allá por el 1907 o el 1908, sean, precisamente, mis primeros artículos,³ pero, desde luego, son los más antiguos que puedan encontrarse con mi firma en libros o colecciones de periódicos. Tampoco diré que, cuando los escribí, no hubiera salido yo todavía ninguna vez de mi ámbito familiar, porque no creo haberlos escrito antes de los dieciocho años y, según cuentan los autores de «El concepto contemporáneo de España» —magnífica obra editada por el «Hispanic Institute in the United States»—, a los trece ya me había ido a Buenos Aires oculto en la bodega de un barco, pero ¿qué persona de mi pueblo no se iba por aquel entonces a Buenos Aires oculta en la bodega de un barco cuando cumplía los trece años? Buenos Aires era en aquellos tiempos para nosotros

3 Los primeros textos de Julio Camba los hemos publicado en Pepitas de calabaza en el libro titulado «¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!». *Los escritos de la Anarquía (1901-1907)*. Se trata de un volumen que recoge lo más representativo de la producción de Camba durante los primeros años de la primera década del siglo xx; textos, en su gran mayoría, absolutamente desconocidos que dan una nueva y sorprendente visión del Camba «escritor» que conocemos y que ayudan a comprender mejor al Camba «personaje» que nos es familiar. (N. del E.)

Los curas de aldea⁴

TENÍA YO DIEZ O doce años cuando un señor piadoso pretendió convencer a mis padres de que me enviaran a un Seminario y me hiciesen cura. Yo había comenzado entonces a fumar y estaba ensayándome en echar el humo por las narices. El acto de echar humo por las narices era para mí el signo más fuerte de la virilidad, y yo lo ejecutaba solemnemente delante de mi novia, la cual ya vestía de largo. En aquella época faltaba yo frecuentemente a la escuela y a la misa. La misa me indignaba más todavía que la escuela, y en el atrio de la iglesia solía yo hacer gala de un escepticismo volteriano que era el terror de mi novia. ¡Tener novia, echar humo por las narices y estar en el secreto de las cosas de iglesia!... Solo me faltaba una capa y un poco de bigote para ser un don Juan ateo, seductor y cruel, como el de una compañía ambulante de fantoches que había estado recientemente en el pueblo.

Cuando mis padres me propusieron que me fuera a Santiago para ingresar en el Seminario, yo introduje las manos en los bolsillos de mi pantalón —el primer pantalón largo que usé— y sonreí con una sonrisa sardónica, adjetivo para las sonrisas que yo había encontrado en un folletín del señor Tárrago y Mateos, y que usaba en todas las circunstancias un poco importantes.

—Mis ideas —dije, con una gran prosopopeya en contestación a mis padres— no me permiten ser cura.

4 Los textos que vienen a continuación fueron publicados en *Playas, ciudades y montañas* (1916). (N. del E.)